

INTRODUCCIÓN:

EL CHILENO QUE SE HIZO QUERER DEL MUNDO

En menos de una década de un cambio de siglo agitado, un gran novelista latinoamericano se convierte póstumamente en protagonista mayor de la «nueva literatura mundial». Esta no es la misma en que creían nuestros abuelos o padres académicos, sino la que reconstruye modelos de identidad y patrones novelescos sin límites, desde una exterioridad nebulosa, liberada de dependencias políticas y nacionales. Sin embargo, está bien y contradictoriamente definida por la traducción al inglés de autores cuyos orígenes (digamos Salman Rushdie, Jhumpa Lahiri, Junot Díaz) siguen menos dispersos en los mundos originarios que les sirvieron para construir metáforas insólitas. No hay que ser adivino para enterarse de que esa nueva literatura mundial es la del chileno Roberto Bolaño. Su ascenso e influencia siguen tan acelerados que se ha llegado a creer que su inmersión en esa dinámica literaria global se debe a vender su imagen por medio de una mercadotecnia anglosajona; y ver así las cosas es obviamente disminuir su valor como autor reconocido mucho antes y ampliamente en el mundo hispanohablante. La realidad es que muchos iberoamericanos comenzamos a leerlo en los noventa (véase Juan Forn), y no volvemos siempre a un libro suyo sino a varios. Por eso vale considerar algunos hechos: no se trata de un narrador obsesionado por sacarle ventaja a los males de varios continentes, o cuya prosa contiene sólo desafíos sintácticos, cultura popular, dificultades léxicas u obstáculos semánticos, sino de uno que tiene y expresa mucho de algo muy nuestro y mundial, que trasciende el momento real que compartimos.

Bolaño parece demasiado bueno para ser verdad, y la historia vital que se conoce de él no desmiente esta suposición: a) surgió de una clase trabajadora, que provee credenciales «hispanicas» para el exterior, b) hostigado y tal vez disléxico, abandonó el colegio como los *outsiders* que pululan en su prosa, c) favorecía a Allende (Salvador) desde México, hasta cierto punto, d) era un bohemio vagabundo, que se «corrigió» por la familia que tenía que mantener, e) otrora trotskista, despreciaba ciertos radicalismos, f) murió de hepatitis, y se refutó el rumor que tomaba drogas, g) en 2010 la compositora, poeta, artista visual y protomadrina del *punk*, Patti Smith, escribió la canción «Black Leaves» en su honor, y h) es un genio que escribió novelas de entre seiscientas y mil páginas, con cientos de temas. Con estas condiciones irrumpe el perfecto novelista latinoamericano, que mantiene el tipo de atención mundial que los autores del *boom*, casi juntos, no acumularon en su momento. A Bolaño –cuyo legado parece condenar a los críticos a encontrarle el párrafo más escandaloso, pensar en lo fácil que es citarlo, o señalarle su envidiable falta de *glamour* (según Forn, la España de los ochenta no alcanzó al sudaca que era entonces)– le hubiera parecido irónico que el capital cultural que pudo considerar hacia el final de su vida se establece en un escenario literario mundial.

Con la traducción de su obra a varias lenguas pasó de una marginalización en el mundo internacionalizado de las letras a la cacofonía de ser el representante sin par de la literatura latinoamericana. Acongoja pensar que nunca llegará a ver la majestuosa recepción de su literatura en el mundo, y que la brillantez de ella se concretó definitivamente a un nivel global con la publicación de la versión inglesa de *2666* en Estados Unidos en noviembre de 2008 y en Inglaterra en enero de 2009. Ese cambio de año comenzó con la espectacular divulgación y gran aclamación en el ámbito cultural anglosajón, sobre todo en Estados Unidos, de la que se suponía ser su última novela. *2666* sigue siendo un éxito

de crítica incomparable, en revistas y periódicos de prestigio literario y cultura general, entre ellos *The New York Times*, que en diciembre 2008 la escogió como libro notable, y la revista *Time* la nombró «Libro del año». Entre enero y mediados de abril de 2009, *Bookmarks*, revista del gremio editorial, informó de que 2666 encabezaba «Lo Mejor de Las listas de los Mejores Libros de 2008», superando entre otras novelas a una de la Nobel Toni Morrison. La misma revista, en su número de noviembre-diciembre de 2009, escoge la edición de bolsillo de 2666 como uno de los libros de ese año. Por su parte, la prensa española recomendó 2666, publicada en 2004, como apuesta, del verano de 2009. Desde mucho antes, la cruzada a favor de Bolaño (sólo algunos nuevos amigos instantáneos y *post mortem* lo llaman «Roberto») como el primer gran autor del cambio de siglo había aumentado la devoción. No se olvide, por supuesto, que los suyos son libros extensos, muy eruditos, de narraciones hechas añicos. ¿Qué fórmula es esta que contradice todas las reglas de la mercadotecnia?

La traducción de 2666, también escogida por *Bookmarks* junto a la de *Nazi literature in the Americas* como una de las mejores de 2008, recibió el prestigioso National Book Critics Circle Award en marzo de 2009, y Anagrama inmediatamente empezó a usar ese otorgamiento en los anuncios para sus ediciones más recientes de 2666. No deja de ser revelador que ese premio rara vez se otorga a traducciones. La última vez que esto ocurrió fue con *Austerlitz* de W.G. Sebald, autor con quien se compara frecuentemente al chileno, y el único latinoamericano que lo mereció antes fue el Premio Nobel de 2010 Mario Vargas Llosa, en la rúbrica de crítica literaria. En el documental *Roberto Bolaño: el último maldito* mostrado en octubre de 2010 en Radio Televisión Española, el peruano se refirió a la actitud iconoclasta de Bolaño, y como si hablara de sí mismo, se refirió a su generosidad, aseverando que el mito «ha servido en este caso para potenciar el reconocimiento de una obra donde había originalidad y calidad». Señala además

que «es una literatura difícil, que tiene que educar a sus lectores para ser realmente popular. Ahora ha llegado a un público grande, un público culto». O sea, son novelas intelectualmente ambiciosas, sin llegar a ser totalmente de ideas.

La atención anglosajona sigue aumentando y repercutiendo en la española (aunque menos en la latinoamericana), con algunas discusiones infructuosas acerca del sospechoso papel de algunos «escándalos» en la vida del autor, conjeturas menores de tono moralista que examino más adelante. No se debe perder otra ironía al respecto: así como voy a relatar acerca de Susan Sontag, en un momento también se necesitó a otro anglosajón, el periodista Larry Rohter, para que la intelectualidad latinoamericana que no quiere colonizarse se enterara de esos dudosos bullicios para la lectura de Bolaño y se enalteciera la comercialización de un arte. Por otro lado, el chileno escribe y publica en un momento en que los Defensores del Arte ya no tienen que recordar que no importa cuán anti-tradicional sea un arte, lo vanguardista tiene convenciones, así que él sabía lo previsible que podía ser la transgresión, y cuándo dejar el proscenio. No obstante, se siguen viendo graffiti en Latinoamérica que aconsejan actos como «Bolaño, léanlo», y esta pasión explica parcialmente por qué se acelera la publicación de su obra póstuma.

Varios reportajes mencionan que no es anómalo ver en metros estadounidenses a jóvenes que están leyendo la edición de bolsillo de la traducción de *Los detectives salvajes*, como si fuera *En el camino* de Kerouac, u otra novela de culto como *Catcher in the Rye* de J.D. Salinger (influencia atribuida poco examinada), e incluso algunos clásicos del *boom*, releídos o puestos en perspectiva gracias a Bolaño. El 11 de febrero de 2010 *The Wall Street Journal* informó que los basquetbolistas extranjeros de la NBA estaban haciendo que sus colegas estadounidenses leyeran a autores como Cormac McCarthy; y Phil Jackson, entrenador de los Lakers, les había provisto una amplia gama de lecturas, de Nietzsche a 2666,

y de esta última Pau Gasol ya había leído unas cien páginas para entonces. A pesar de cualquier falla personal que se le encuentre de estas fechas en adelante, el esfuerzo editorial montado en torno a *2666* ha asegurado su canonicidad y una mayor cantidad de lectores para sus obras anteriores y póstumas.

Para 2011 Smith, ganadora del National Book Award estadounidense de 2010 por sus memorias *Just Kids* y admiradora de Rimbaud, Blake y Jimmy Hendrix, seguía deslumbrada por las traducciones de *2666* (que asegura haber leído tres veces) y *La literatura nazi en América*, y expresa en su *blog* que leer a Bolaño es entrar en una familiaridad, y así será. Aunque una campaña es algo finito que se puede reconocer como un éxito o fallo, tal es la situación de los bienes culturales internacionales que no es mera especulación afirmar que la obra del chileno tiene un lugar especial en la nueva república no bananera y mundial de las letras, recepción que ya repercute de manera obvia y positiva en el espacio cultural latinoamericano. No obstante, antes de que publicara *Los detectives salvajes* en su lengua original Bolaño ya era un nombre clave en las letras latinoamericanas, como comprueba una larga nota del novelista y ensayista argentino Forn. Tampoco se debe subestimar que revistas francesas de nueva vanguardia, como *Les inrockuptibles*, siguen expresando su entusiasmo por ver al chileno como faro de la nueva narrativa. No obstante, el mundo editorial en esa lengua no ha funcionado con el aluvión que produjo la infraestructura anglosajona, no siempre por las mismas razones.

Esta mundialización ocurre en unos ocho años, y más que ninguno de sus pocos pares anteriores o contemporáneos, y en mucho menos tiempo, el chileno ha dejado de ser un «novelista latinoamericano», la inevitable etiqueta inicial cuando se lo lee en otro idioma. Las implicaciones socioculturales de este acontecimiento son extensas, y estas páginas las exteriorizan, con algunas dudas sobre las explicaciones retrospectivas. Bolaño fue un comprobado trotamundos («posnacional» es el término que su traductora

principal y otros emplean para definir su figura internacional) que sólo se sentía en casa dentro de sí mismo, y lo que lo dejaba de excelente humor era crear tensión al respecto, hacerse querer en diferentes comunidades imaginadas de detractores y entre sus amigos o diseñadores de monumentos de ellos mismos, como ocurrió cuando algunos novelistas o críticos mayores lo entrevistaron por correo electrónico. Esa tensión era una manera velada de criticar a intérpretes y novelistas postergados, entablar una dinámica con ellos, y sobre todo con un público amplio que, como la literatura mundial, a veces sugiere una entidad que trasciende a las literaturas nacionales, y en otros momentos sugiere una suma total de las literaturas de todas las naciones. Aquí examino cómo logra esos contactos y se interna más que cualquier coetáneo suyo en esa «nueva literatura mundial», término que, renovado con comillas, ocupa un lugar prominente en la percepción de la narrativa de Occidente, cuando siguen aumentando los estudios literarios de ambición global (estimulados por Pascale Casanova, y resumidos por Beecroft y Rosendahl Thomsen).

¿Pero en verdad abarcan aquellos estudios todas las literaturas del mundo? ¿Se sabe a ciencia cierta dónde caben las latinoamericanas en aquel concepto? En el mundo iberoamericano, ¿no son Madrid y Barcelona, por ejemplo, centros cosmopolitas desde cuyos fondos editoriales siguen surgiendo nuevas expresiones literarias latinoamericanas y occidentales en traducción? El cosmopolitismo literario que intenta contestar estas preguntas sigue siendo demasiado impreciso y debatido como concepto académico (es, después de todo, una especie de localismo) para ser un registro útil de las interminables relaciones entre el texto original y un «otro» traducido. Es muy útil tener presente que la traducción en realidad no desestabiliza la autoridad de la lengua original y la cultura que depende de ella, como el mismo Bolaño manifiesta respecto a las obras maestras en *Entre paréntesis* (2004: 222-224), su compendio ensayístico sobre literaturas mundiales,

no sólo iberoamericanas, que hoy hace que un mundo amplio y ajeno le quiera.

Él y su obra siguen representando todos estos avatares, aun considerando que pensar en una categoría de individuos, digamos un escritor tipo Santo Patrón, deja a un lado el hecho de que las conexiones entre seres y grupos, no importa qué o quién sea el mediador, son relaciones humanas. El hacerse querer de todos, particularmente de los lectores jóvenes, no es algo que se prepuso, sino una reacción compleja que un escritor contestatario no puede controlar. Si aun con la calidad de autores como Vargas Llosa y algunos posteriores no se ha eliminado totalmente la contemplación del continente latinoamericano como una república bananera de las letras que exporta varios tipos de realismos y magias, con Bolaño se ha superado esas suposiciones, y al fin se produce un cuestionamiento sostenido de ellas. No cabe menos que notar entonces en orden generalmente cronológico cómo empezó y sigue creciendo esta valoración de las varias formas de su nueva literatura mundial. Sin añadir a la urgencia de definiciones, punto débil de sus críticos, inevitablemente se notará mi voz, porque relato lo que veo y leo de la Revolución Bolaño. Sin embargo, como la del chileno, será más fuerte la voz del maestro Virgilio en la *Eneida*, cuando dice: «En la penumbra/ avanzamos; y yo, que antes retaba/ los tiros todos y apretadas filas/ del enemigo, titubeo ahora/ al menor soplo, al ruido más ligero,/ pues con igual angustia me oprimían/ mi acompañante y mi querida carga».